

Catecismo 1523.

Art.5. LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS.

IV. Efectos de la celebración del sacramento IV.

2007

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1523

Una preparación para el último tránsito. Si el sacramento de la unción de los enfermos es concedido a todos los que sufren enfermedades y dolencias graves, lo es con mayor razón "a los que están a punto de salir de esta vida" (in exitu viae constituti; Concilio de Trento: DS 1698), de manera que se la llamado también sacramentum exeuntium ("sacramento de los que parten"; ibid.). La Unción de los enfermos acaba de conformarnos con la muerte y resurrección de Cristo, como el Bautismo había comenzado a hacerlo. Es la última de las sagradas unciones que jalonan toda la vida cristiana; la del Bautismo había sellado en nosotros la vida nueva; la de la Confirmación nos había fortalecido para el combate de esta vida. Esta última unción ofrece al término de nuestra vida terrena un escudo para defenderse en los últimos combates antes entrar en la Casa del Padre (cf ibid.: DS 1694).

Seguimos con el comentario de la oración de la **recomendación del alma** que empezábamos en el programa anterior.

Decíamos que la Iglesia, durante todos los años de peregrinación por la vida que el cristiano enfermo ha tenido, le ha llevado en su seno y le ha alimentado por el cordón umbilical de los sacramentos. La vida cristiana de ese moribundo ha estado alimentada a través de la mediación de los sacramentos, y ahora viene el momento de cortar ese cordón, ahora viene el momento del parto. No es que ahora se vaya a ser menos hijo. No, va a ser más hijo todavía, solo que ya no se va a alimentar por el cordón umbilical de los sacramentos, puesto que en el cielo se alimenta de vivir en la presencia de Dios, porque le veremos tal cual es. Y la Iglesia está presente en el momento de la muerte que es el momento del alumbramiento, de poner al enfermo a las puertas del cielo. La Iglesia, con esta oración, pone al enfermo en manos de Dios, le lleva de la mano hasta la puerta.

-Por eso sigue diciendo en esta oración:

Querido hermano, te entrego a Dios, y, como criatura suya, te pongo en sus manos, pues es tu Hacedor, que te formó del polvo de la tierra. Y al dejar esta vida, salgan a tu encuentro la Virgen María y todos los ángeles y santos.

Vemos en esta oración un diálogo de una madre con un hijo que se va a ir de casa y recibe los últimos consejos. La Iglesia le dice a su hijo que hasta ese momento ella le ha hablado de Jesús, que ha tenido noticia de Jesús a través de la Palabra, de los Sacramentos, pero que en ese momento ese hijo que está a las puertas de la muerte, se va a encontrar directamente con Dios. La Iglesia Madre no es posesiva porque ella no ha formado a los hijos para la propia Iglesia, sino para Dios. **Fijaros como se recuerda el acto creador de Dios, que es nuestro Hacedor y Creador.** Dios nos hizo del polvo de la tierra. El momento de la muerte es para tener en cuenta que, el Dios creador que nos hizo de la nada, nos llama ahora para la vida eterna.

No sería justo que en el momento de la muerte estemos desconfiando y resistiéndonos porque se nos haya pedido la vida. Gratis la recibimos, pues gratis la debemos de devolver. El que por puro amor nos creó de la nada es el que nos llama a estar con Él. A veces podemos haber caído en el olvido de que la vida recibida es un don de Dios que se nos dio como un talento para trabajarlo, y cuando se nos vuelve a reclamar el talento de la vida nos contrariamos, porque pensamos que la vida era nuestra, o que era para siempre. Si nos creemos que la vida es un derecho nuestro, cuando se nos quite, creemos que es una gran injusticia. Pero la vida es un don que se nos ha dado, advirtiéndonos de que era fugaz y transitoria, y que estábamos llamados a vivirla con una conciencia grande de indignidad. Por eso la Iglesia nos recuerda que el Hacedor no quita el don de la vida, no volvemos a la nada, sino que nos adentra en la vida definitiva.

También es hermoso que la Iglesia nos recuerde en esta oración cómo salen a nuestro encuentro la Virgen María con todos los ángeles y santos. En la iconografía es muy común que se represente cómo en el momento de la muerte de los santos, la Iglesia entera sale en su búsqueda. **Es verdad que en la vida eterna es la visión de Dios la que colma el alma de felicidad, pero también es verdad que una felicidad añadida la da el gozo de reencontrarnos con los seres queridos, de compartir la comunión de los santos en el cielo. No es que eso complete una felicidad incompleta de ver a Dios, pero es cierto que esa comunión nos lleva a comprender más plenamente el gozo de la contemplación de Dios en el cielo.**

-Sigue la oración diciendo:

*Que Cristo, que sufrió muerte de cruz por ti, te conceda la libertad verdadera. Que Cristo, Hijo de Dios vivo, te aloje en su paraíso. Que Cristo, buen Pastor, te cuente entre sus ovejas. Que te perdone todos los pecados y te agregue al número de sus elegidos. **Que puedas contemplar cara a cara a tu Redentor y gozar de la visión de Dios por los siglos de los siglos.***

¡Qué bella imagen la de Cristo, buen Pastor, que busca a sus ovejas y no para hasta encontrarlas! Y así uno puede decir con *Santa Teresa*, en el momento de la muerte: **“por fin muero hijo de la Iglesia”**. Esta frase es muy de destacar en un contexto como el nuestro, donde tanto se oye decir eso de que “yo creo en Cristo pero no en la Iglesia”. Morir en la comunión con la Iglesia es una garantía de morir en la comunión con Dios.

-Llegados a este punto la oración hace unas **intercesiones** porque es consciente que la persona que se debate en agonía está siendo tentada, y por eso pide a Dios que libere al moribundo de las mismas. Y lo

hace mediante las evocaciones bíblicas de cómo Dios liberó en la historia de la salvación a su pueblo, ahora finalmente se le pide a Dios Padre que libere a esa alma que se debate en agonía.

Acoge, Señor, en tu reino a tu siervo para que alcance la salvación, que espera de tu misericordia.

R.Amén.

Libra, Señor, a tu siervo de todos sus sufrimientos.

R.Amén.

Libra, Señor, a tu siervo, como libraste a Noé del diluvio.

R.Amén.

Libra, Señor, a tu siervo, como libraste a Abrahán del país de los caldeos.

R.Amén.

Libra, Señor, a tu siervo, como libraste a Job de sus padecimientos.

R.Amén.

Libra, Señor, a tu siervo, como libraste a Moisés del poder del faraón.

R.Amén.

Libra, Señor, a tu siervo, como libraste a Daniel de la fosa de los leones.

R.Amén.

Libra, Señor, a tu siervo, como libraste a los tres jóvenes del horno ardiente y del poder del rey inicuo.

R.Amén.

Libra, Señor, a tu siervo, como libraste a Susana de la falsa acusación.

R.Amén.

Libra, Señor, a tu siervo, como libraste a David del rey Saúl y de las manos de Goliat.

R.Amén.

Libra, Señor, a tu siervo, como libraste a Pedro y Pablo de la cárcel.

R.Amén.

Libra, Señor, a tu siervo, por Jesús, nuestro Salvador, que por nosotros sufrió muerte cruel y nos obtuvo la vida eterna.

R. Amén.

Son unas evocaciones que pueden sorprender porque hemos perdido familiaridad con la Sagrada Escritura. Sin embargo, la Iglesia reza evocando la Sagrada Escritura porque ve cada historia personal nuestra como una prolongación de la historia de la Salvación. Lo que nos ocurre a cada uno en el momento de la enfermedad, en el momento de entregar la vida al Padre, no es diferente de lo que le ocurrió a Daniel en la fosa de los leones, donde lo lógico hubiera sido ser devorado, y sin embargo Dios quiso hacer el milagro de que los leones se convirtiesen en cachorrillos que respetasen su vida. Lo lógico hubiera sido que aquellos tres jóvenes lanzados al horno ardiente hubieran sido devorados por las llamas, y sin embargo Dios quiso que aquellas llamas respetasen su vida. Lo lógico es que Susana, contra la que se le lanzó la falsa acusación de haberse acostado con esos ancianos y haber cometido adulterio, hubiera sido ajusticiada, y sin embargo Dios fue el que defendió su causa y demostró su inocencia. Lo lógico hubiese sido que David, perseguido por el rey Saúl, hubiese acabado muerto, pero Dios quiso que David llegase a ser el rey de Israel. O que David hubiese perecido a manos de Goliat, pero Dios quiso conducir la piedra lanzada desde la honda de David. Lo lógico hubiese sido que Pedro y Pablo hubiesen permanecido en esa cárcel donde estaban prisioneros, pero Dios envió un ángel que milagrosamente soltó sus cadenas y abrió las puertas, y les liberó.

Es decir, por encima de las mediaciones humanas, Dios es Dios. En el momento último de la vida se están evocando pasajes bíblicos para recordar con ellos al enfermo que no olvide que, en este momento en el que uno se ve tan débil, que percibe que la enfermedad está venciendo, ahora cuando uno siente como enfermo moribundo que no es nada, que no tiene poder, que se está a merced de la enfermedad, ahora es cuando Cristo va a vencer en el enfermo. Dios nos ha salvado, no por nuestras fuerzas, sino subrayando que ha sido su gracia, su iniciativa, la que actúa por encima de nuestras capacidades humanas. Que su gracia es gratuita, que cuando eres débil entonces eres fuerte, porque es cuando se manifiesta la gracia de Dios en nosotros.

Igual que Noé sobrevivió al diluvio en esa cáscara de nuez que era el arca, también nosotros en la cáscara de nuez, que es la misericordia divina, salimos vencedores de ese último enemigo contra el que luchamos, que es la muerte. El Dios que fue libertador en toda la historia de la salvación de Israel, Él mismo nos va a liberar en ese momento en que nos sentimos vencidos. La muerte fue vencida en Jesucristo y este es el momento en que, cuando la muerte clava sus dientes en el enfermo, Dios abre las puertas de la vida eterna.

Este momento me evoca a Jesús luchando para que sus hijos no les sean arrebatados. Especialmente en la oración posterior a la última cena, Él pide al Padre para que no les sean arrebatados ninguno de los que les dio el Padre. Jesús lucha por las almas en el momento del drama de la entrega de nuestra vida a Dios.

-Sigue la oración diciendo:

Señor Jesús, Salvador del mundo, te encomendamos a N. y te rogamos que lo recibas en el gozo de tu reino, pues por él bajaste a la tierra. Y aunque haya pecado en esta vida, nunca negó al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sino que permaneció en la fe y adoró fielmente al Dios que hizo todas las cosas.

Fijémonos como aquí se repite, aunque de otra forma, eso que la Iglesia declara en la Santa Misa: “**no mires nuestros pecados sino la fe de tu Iglesia**”. Reconocemos nuestra condición pecadora. Y nos fijamos en que es mucho más grave la soberbia del espíritu que la debilidad de la carne. Es más grave el no sentirse necesitado de salvación, no sentirse necesitado de misericordia, que los pecados de debilidad. **Al final de nuestra vida ¿cómo nos presentamos delante de Dios? ¿Confiados en que nuestras obras pueden hacernos dignos de la misericordia?** Al final uno se presenta delante de Dios Padre diciendo que “**aunque mi vida no haya sido coherente conforme a lo que Dios hubiera esperado de mí, sin embargo, Señor, te quiero y confío en ti y pido tu misericordia**”. Esa es la manera correcta de presentarnos delante de Dios. Así nos presenta la Iglesia madre delante de Dios, con esa humildad.

-Después de esa oración se reza la Salve, que tiene la fuerza de María que está rescatando a sus hijos, respondiendo a la llamada que le hacemos tantas veces a lo largo de la vida. Y después se reza este responsorio, en el momento en que ya ha fallecido:

*R. Venid en su ayuda, santos de Dios; salid a su encuentro, **ángeles** del Señor. Recibid su alma y presentadla ante el Altísimo.*

*V. Cristo, que te llamó, te reciba, y **los ángeles** te conduzcan al regazo de Abrahán.*

R. Recibid su alma y presentadla ante el Altísimo.

V. Dale, Señor, el descanso eterno, y brille para él la luz perpetua. Recibid su alma y presentadla ante el Altísimo.

Subrayar aquí la presencia de los ángeles, que pasan tan inadvertido en toda nuestra vida, pero que aquí tienen su momento álgido en esta vida. Nuestro ángel de la guarda tendrá un gran protagonismo en este momento. Hay una imagen de la Iglesia celeste que coge de la mano a este hijo que ha sido conducido hasta la puerta por la Iglesia terrestre.

Quién mejor para recomendarnos delante de Dios que la Iglesia madre, la propia Virgen María.

Alabado sea Jesucristo.